

CAPITULO XXVIII.

LA NUEVA REVOLUCION

De todos los conflictos que se presentaron al señor Madero, los más graves fueron el de Chihuahua, que dió por resultado el levantamiento del General Pascual Orozco, hijo, jefe que había sido de las tropas maderistas, (1) y el de Morelos, pues Zapata continuaba levantado en armas, no obstante que ya era Presidente de la República el señor Madero, condición que exigía Zapata para rendirse, y ofrecía hacerle justicia en todas sus peticiones. Orozco, desde que empezó a distinguirse en la campaña, había comenzado a ser sugestionado con la idea de que él debía ser el verdadero jefe de la revolución, y un grupo de ambiciosos y aduladores, comenzaron a crear cierto antagonismo entre él y el señor Madero. Al triunfar la revolución, las gestiones tomaron mayor proporción, llegando a crear en Orozco la idea de que a él, y exclusivamente a él, se debía la caída del General Díaz.

La rebelión de Orozco, debida ostensiblemente al poco tacto con que se le trató, fué obra, más que del se-

(1)—En Chihuahua se dijo entonces que Orozco había cambiado de actitud en virtud de trabajos de don Gonzalo Enrile, que acababa de llegar con instrucciones del General Díaz y del licenciado Limantour, para el señor Terrazas. Lo que sí parece indiscutible, es que la revolución se sostuvo con elementos que provenían de la familia Terrazas.

ñor Madero, de sus consejeros, y sobre todo, de un grupo de ambiciosos que hicieron perder la cabeza al guerrillero, haciéndole creer que para que una revolución tenga éxito, basta un poco de audacia y de valor. El señor Madero, sin embargo, no debió olvidar que Orozco había sido el alma de la revuelta que le había dado el triunfo, y en vez de mostrarse agradecido y darle el papel que merecía, y que legítimamente había ganado, lo trató con dureza, lo pospuso a hombres que valían menos que él, y por último, le negó los recursos que pedía para irse a trabajar. ¿Que ellos eran exagerados? Tal vez; pero la paz nacional bien valía los cien mil pesos que solicitaba Orozco. ¿Qué menos podía pedir el que había sido general en jefe de todas las fuerzas maderistas? (2)

Don Abraham González, cuando comenzó a iniciarse el conflicto de Chihuahua, renunció la cartera de Gobernación y se dirigió a la capital del Estado, para hacerse cargo del Gobierno, el 29 de Febrero, creyendo que con su presencia todo se calmaría, contando sobre todo, con la amistad que lo ligaba con Orozco. Cuando llegó ya era tarde. Orozco, que hasta esos momentos parecía estar indeciso, al saber que don Abraham González llamaba al Coronel Francisco Villa, con quien Orozco estaba enemistado a muerte, para entregarle el mando de las fuerzas del Estado, rompió con el Gobierno (3) y se lanzó a

(2)—Lo mismo se hizo con Máximo Castillo, quien en Casas Grandes había salvado la vida al señor Madero.

El Presidente, midiendo a todos con el cartabón que él se medía, juzgaba que todos habían servido por patriotismo, y que no estaba obligado a recompensar a nadie.

(3)—Orozco se pronunció el 3 de Marzo y su primera proclama fué naturalmente contra los científicos. A los dos días la revolución proclamaba a Vázquez Gómez; pero tres días después, sus nuevas proclamas tenían sabor de restauración porfiriana.

la revolución. Organizó rápidamente sus fuerzas y ocupó Chihuahua. En menos de quince días tenía a sus órdenes una fuerte columna, imponía las autoridades en todo el Estado y amenazaba invadir los vecinos.

El Ministro don Rafael L. Hernández, al precipitarse los acontecimientos, quiso que el Gobierno volviera sobre sus pasos, halagando al rebelde y en la conferencia telegráfica que tuvo con Orozco, ofreció acceder a todas las exigencias de éste, pero ello sólo sirvió para envalentonar al cabecilla, quien rechazó todas las ofertas, juzgando que la conducta del Ministro indicaba que el Gobierno le tenía miedo.

Según expresé, el Gral. González Salas, al salir del Ministerio, fué nombrado para dirigir la campaña contra las huestes de Pascual Orozco, hijo, que organizadas en toda forma, marchaban sobre Torreón. Las fuerzas revolucionarias y los federales se encontraron en Rellano cerca de Jiménez, trabando un combate el 25 de Marzo, que fué desastroso para las armas del Gobierno, si bien los revolucionarios no pudieron aprovechar su triunfo, por la falta de parque e incompetencia de Orozco. El General González Salas, sin competencia para el puesto que se le había dado, cometió una serie de errores que no toca a la índole de este libro señalar; pero soldado de vergüenza, al retirarse del campo de batalla, juzgando más grande el desastre sufrido, y creyendo que había perdido toda su artillería; que se vió obligado a abandonar, se suicidó en el mismo tren que lo conducía a Torreón. ¡Así, por el desacierto del Gobierno, éste perdía elementos valiosos y el Presidente un amigo a quien estimaba y quería!

Por su parte, Pascual Orozco, sin aprovechar debida-

mente su triunfo, ordenó la retirada, creyendo que el General González Salas se reorganizaría y con nuevos elementos, lo atacaría inmediatamente.

El General Joaquín Téllez, que mandaba la artillería del Gobierno, al verse abandonado por el jefe de la columna y sin darse cabal cuenta de lo que pasaba, temiendo que Orozco se le echara encima, levantó su campo y se retiró conforme a la orden recibida, incorporándose en Torreón a los restos de la columna que fueron llegando poco a poco. Al Brigadier Trucey Aubert le tocó la peor parte de la jornada, pues perseguido por las fuerzas de Orozco, tuvo que hacer un gran rodeo para conseguir incorporarse, en el que perdió todo su material de guerra y casi toda su gente, llegando a Torreón con setenta y tantos hombres. ¡El Gobierno premió la conducta del General Trucey, con el ascenso inmediato y con veinte mil pesos en efectivo, que aparecieron como homenaje de un grupo de amigos del Gobierno!

El conflicto de Morelos, revestía gravedad por el tiempo que llevaba de existir y su proximidad a la Capital de la República. Para sofocar tal movimiento, fué enviado, como jefe de las fuerzas federales, el General don Juvencio Robles, que conocía el Estado y era estimado por sus dotes de prudencia y energía. El General Robles inició una persecución tenaz, dando garantías a todos los vecinos; y cuando Zapata vió que estaba a punto de morir la revuelta, acudió al señor Madero, pidiendo entenderse con él y que se suspendieran las hostilidades, como se había hecho durante el Gobierno interino, cuando el General Huerta decía que estaba a punto de concluir con el cabecilla rebelde. Otra vez la bondad del señor Madero se interpuso, causando un perjuicio enorme al Gobierno y al País. El General Robles fué

relevado del mando y en su lugar fué el Brigadier don Felipe Angeles, un teórico en aquella época en materias militares, de muy buena fe, de exquisito corazón, pero poco adecuado para una campaña de guerrillas como la de Morelos. A los dos días de haberse encargado del mando el General Angeles, las hordas de Zapata atacaban en Ticumán el tren de pasajeros, y mataban a los periodistas señores Herrerías y Strauss.

El licenciado don Jesús Flores Magón, nombrado Secretario de Gobernación al renunciar el puesto don Abraham González, había sido también enemigo del Gobierno del General Díaz, pero no revolucionario. Hombre equilibrado, hubiera sido un buen Ministro en épocas normales, no obstante ser apasionado y tener poca experiencia en los asuntos políticos, de los que había estado alejado por completo hasta entonces; pero en las circunstancias en que fué nombrado era muy difícil que pudiera salir avante. Había que luchar no sólo con la situación, que era delicada, sino con dos factores importantísimos: con el Presidente que tenía a veces caprichos de niño, y con don Gustavo Madero, que había aspirado a ser el Ministro de Gobernación, que cada día formaba más su personalidad política, apoyado en el Partido Constitucional Progresista y en el ad-latre de éste, la porra. En la Cámara, la influencia de don Gustavo era superior a la del mismo Presidente.

El nuevo Ministro de Gobernación no veía con buenos ojos al General Robles que hacía la campaña en el Estado de Morelos y más bien por ignorancia de los hechos que por mala voluntad, lo combatía cerca del Presidente, hasta conseguir que fuera retirado de la campaña, y como consecuencia, que ésta no concluyera, cuando el General Robles estaba próximo a terminarla. Esto

disgustó al General Robles y a los jefes que a sus órdenes estaban en Morelos, pero sobre todo, alarmó a los propietarios del Estado, que habían llegado a creer que la pacificación sería cuestión de pocos días si se dejaba al General Robles completar la obra comenzada, y poseídos de pánico, empezaron a tener arreglos con Zapata.

¡Y sin embargo, a pesar de tantos errores, la suerte sonreía aún al señor Madero!

* * *

El General González Salas había sido sustituido en el Ministerio de la Guerra, por el General don Angel García Peña, un teórico, dedicado toda su vida a las matemáticas y sin práctica de mando, pues jamás había estado al frente de fuerzas, excepción hecha de las escoltas que lo acompañaban en sus expediciones científicas. Sin embargo, en la organización de los elementos que debían aprovecharse para el combate, el señor García Peña estuvo relativamente feliz; pero impulsivo y violento, se dejaba arrebatado llegando un día a tener un encuentro con el motorista que conducía un tren eléctrico. Esto agravaba la situación, pues al frente de los Ministerios se requería, en aquellos momentos, hombres de juicio que no comprometieran imprudentemente los elementos que tenía el Gobierno, y que se dieran a respetar por su seriedad y su justificación.

El licenciado Calero no estaba contento en el Ministerio, pues se le había quitado toda ingerencia con la Cámara y el Presidente no lo escuchaba como él lo deseaba, además, hombre inteligente, comprendió que su caída estaba decretada y prefirió separarse, consiguiendo se le nombrara Embajador en Washington, puesto

que ocupaba el señor don Gilberto Crespo, Ministro de México en Austria Hungría, a quien se hizo volver nuevamente a Viena. El señor Calero manifestó a sus amigos que su separación se debía a que no podía estar conforme con los criterios apasionados que tenían la mayor parte de los Ministros.

Para cubrir la vacante que dejaba el señor Calero, fué designado el 9 de Abril de 1912, el licenciado don Pedro Lascurain, quien por primera vez figuraba en la política del País, de la que lo alejaban, en primer lugar, sus creencias religiosas,—es católico ferviente,—y además, su carácter poco dado a buscarse conflictos y dificultades.

El señor Lascurain, hombre de buena inteligencia, carecía por completo de práctica en los asuntos que se le encomendaban. Es tranquilo, afable y recto; pero de escasa voluntad. El, como don Ernesto Madero, iba a ser arrollado por el vendaval que desataban las pasiones de los demás Ministros. A la hora suprema, cuando los sucesos lo colocaron en la situación más delicada, como encargado del Poder Ejecutivo, fué un juguete de los que intervinieron en el tremendo drama, y la responsabilidad que se echó encima, ante la historia, entregando las renunciaciones del señor Madero y del señor Pino Suárez, contra lo expresamente convenido con ellos, puede tener una disculpa en su absoluta buena fe y en su absoluta falta de perspicacia política. (4)

El señor Díaz Lombardo, también salió del Ministerio. Espontáneamente renunció el puesto de Ministro de Instrucción Pública, para que el Vicepresidente de la Re-

(4)—El señor Madero, al conocer el paso dado por el señor Lascurain estuvo tentado, en el primer momento, por creer que

pública, don José María Pino Suárez, formara parte del Gabinete.

Desde la llegada a México del señor Pino Suárez y su protesta como Vicepresidente de la República—23 de noviembre de 1911—había estado presidiendo el Senado, tomando la palabra en algunos debates; pero hombre joven, de grandes pasiones, revolucionario exaltado e impaciente, se aburría ejerciendo las funciones pasivas que la ley encomienda al Vicepresidente de la República. Creatura de don Gustavo Madero e identificado con él, porque el temperamento de ambos los aproximaba, era empujado por éste, cerca del Jefe de la Nación, para que se le diera una vida más activa en los negocios de la Administración. El señor Madero, que estimaba al señor Pino Suárez, le hacía concurrir a los Consejos de Ministros; pero en estos no había campo completo para sus actividades, y cerradas las Cámaras, la vida del Vicepresidente se hacía más monótona. De allí su deseo, y el de don Gustavo Madero, de que ingresara en el Ministerio, para que la política de ambos se tradujera en actos positivos.

Al dejar el puesto el Secretario de Gobernación, don Abraham González, los trabajos de don Gustavo Madero se dirigieron a que la Cartera se le diera a él o al señor Pino Suárez; pero el Presidente de la República juzgó que si su hermano entraba en el Gabinete, estando ya dos de sus parientes, don Ernesto Madero y don Ra-

su Ministro lo había traicionado; más tarde, el señor Madero se convenció de la lealtad del señor Lascurain. El señor Pino Suárez desde el primer momento juzgó que todo era cuestión de torpeza y agregó: "pero esa torpeza nos cuesta la vida." El señor Pino Suárez tenía razón: el señor Lascurain fué engañado como un niño. La fuerza de las circunstancias fueron superiores a su propia voluntad.

fael Hernández, iba a ser criticado muy duramente. Además, ni el Ministro de Hacienda, ni el de Fomento juzgaron que el Presidente de la República debía confiar el Ministerio de Gobernación a ninguno de los dos mencionados personajes, pensando que el nombramiento de cualquiera de ellos causaría un escándalo. El Presidente fluctuaba entre su personal afecto, que lo inclinaba a complacer a su hermano y sus deberes de gobernante, llegando a convencerse de que tales nombramientos serían un error grave. Vacilante en esto, como le pasaba frecuentemente, no sabía por qué camino decidirse. El señor Calero, todavía Ministro de Relaciones—29 de Febrero de 1912—dió la solución, proponiendo fuera el señor Pino Suárez a la Secretaría de Instrucción Pública y el Lic. don Jesús Flores Magón, Subsecretario de Justicia, desde el ingreso del señor Vázquez Tagle al Ministerio, a la Secretaría de Gobernación. El señor Díaz Lombardo, por su amistad con el señor Calero, supo el conflicto, se prestó a renunciar sin que hubiera motivo ostensible para ello, y fué nombrado Ministro de México en Francia, puesto vacante, por la renuncia que de él había hecho el señor don Sebastián B. de Mier, al caer el Gobierno del General Díaz.

• • •

Don Rafael L. Hernández, Ministro de Fomento, había intentado formar una mayoría en la Cámara de Diputados, que fuera adicta al Gobierno, y como muchos de los Diputados deseaban ayudar a los nuevos gobernantes, pues habiendo concluido su compromiso con el General Díaz, podían tomar sin desdoro nuevas orientaciones, fácil le fué la obra; pero para tener seguridad en esa mayoría, el señor Hernández había estado im-

prudentemente, ofreciendo la reelección personalmente, a casi toda la mayoría del Congreso. Muchos de los Diputados comprendieron que tales ofertas no se pensaban cumplir, ni tenía el Gobierno elementos para poderlas sostener, pero a pesar de tal convencimiento, siguieron ayudando, en todo, al Poder Ejecutivo, que necesitaba de las Cámaras para poderse consolidar, pero otros muchos se juzgaron engañados cuando no se les cumplió lo ofrecido.

Así las cosas, llegaron las elecciones de Diputados, Senadores y Magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación que debían verificarse conforme a la nueva ley votada por las Cámaras en su último período.

El Partido Constitucional Progresista, o sea don Gustavo Madero, formó su lista, el Gobierno por su parte formó la suya, y los Gobernadores, que no tenían listas propias, empezaron a fluctuar entre ambas candidaturas, no sabiendo a punto fijo de qué lado les conveniría estar. A estas candidaturas, se oponían, por un lado, las del Partido Católico, que lanzó candidatos en casi todos los Distritos de la República, y las de los que, con el título de independientes, iban a ver qué pescaban en aquel río revuelto. Las atrocidades que se cometieron, fueron tremendas. Con excepción de los Ministros de la Guerra y de Relaciones Exteriores, todos los demás presentaron sus candidaturas para Diputados o Senadores, y todos triunfaron, más o menos legalmente. El Partido Constitucional Progresista, no se paró en medios para hacer triunfar a sus candidatos, y aún cuando perdió muchos puestos, en la discusión de las credenciales tomó su revancha, haciendo pasar algunas cuyos vicios de nulidad saltaban a la vista.

En el Estado de Veracruz, el Gobernador sostuvo

las candidaturas que don Tomás Braniff, ligado en aquellos momentos con los señores Gustavo Madero y Pino Suárez, recomendó a última hora, contra toda ley y toda razón, llegando el Jefe Político de Misantla, a fusilar, la víspera de las elecciones, a dos individuos cuyos cadáveres se hicieron pasear por las calles, momentos antes de que empezara la votación. El argumento fué decisivo y el jefe político pudo fraguar con toda impunidad, los expedientes en la misma Prefectura. En Zongolica, las boletas llegaron al día siguiente de verificada la elección, lo cual no fué obstáculo para que se declarara legítima. En el Estado de México, el escándalo no llegó hasta el asesinato, pero hubo Jefes Políticos, como el de Ixtlahuaca, que brutalmente impuso la consigna que le había dado el Ministro de Gobernación. Raro fué el Estado donde no se atropellara la ley de la manera más descarada, y naturalmente, al amparo de estos abusos, hubo distritos donde los jefes políticos no hicieron caso de las recomendaciones, ni del Partido de don Gustavo Madero, ni de las que les hacían oficialmente, ni de las protestas que los Partidos y los candidatos independientes hacían, y eligieron a sus amigos o parientes, como sucedió en Juchitán, Distrito del Estado de Oaxaca.

De los Diputados que formaron el XXV Congreso Constitucional, sólo fueron reelectos veintiuno, entre ellos los señores Calero y Hernández: de ellos, once fueron protegidos o recomendados por el Gobierno o por el Partido Constitucional Progresista y el resto, obtuvieron sus credenciales por las relaciones personales que tenían, esto es, ocho fueron los únicos que no debie-

ron la curul a favor del Gobierno. (5) Los ocho fueron los señores General Gregorio Ruiz, electo por Jalacingo, Estado de Veracruz, de donde era oriundo y tenía familia. Francisco M. de Olaguibel, electo por el Estado de México, donde es muy conocido; Javier Torres Rivas, electo por el Estado de Hidalgo, donde él y su familia tienen valiosas propiedades rústicas. José María Lozano, por San Miguel el Alto, Estado de Jalisco, de donde es oriundo y su familia tiene propiedades. Nemesio García Naranjo, electo por Lampazos, Estado de Nuevo León, de donde también es oriundo. José María García, Francisco M. Ramírez y Prisciliano Maldonado, electos los tres por Oaxaca, de donde son originarios, son conocidos y están relacionados.

Algunos otros consiguieron obtener credenciales en sus respectivos distritos, pero en la discusión, durante las juntas preparatorias, les fueron desechadas.

Los escándalos que hubo en dichas juntas y en las discusiones de credenciales, no tienen precedente en nuestra historia parlamentaria. Hubo credencial que se pretendiera rechazar, confesando los miembros de la comisión, que no habían abierto el expediente. Y no obstante esa confesión tan paladina, consultaban se desechara la credencial, por no estar el expediente en regla.

El diputado don Querido Moheno, miembro de la

(5)—Don Rafael Hernández, en carta que me dirigió en Nueva York, con motivo de este pasaje de mi libro, quiso que constara que él no había intervenido en las elecciones de Diputados y ninguno de ellos había debido a recomendación suya la elección, pero sí convino en que el Gobierno había recomendado a varios, como a los señores Aspe, Moheno, Vidal y Flor y Castellot Jr., que debieron sus credenciales exclusivamente al favor oficial.

comisión dictaminadora, admitió un día, públicamente, ante la Cámara, haber hecho dos dictámenes distintos, uno en pro y otro en contra sobre una misma credencial, para someter ambos al señor Gustavo Madero y que éste eligiera el que le pareciera más conveniente.

La credencial de don Francisco Pascual García, electo por el Estado de Michoacán, fué aprobada en lo general, declarándose legítimas las elecciones verificadas en el distrito y sin que hubiera nueva discusión, ni se emitiera razón alguna para ello, al votarse el nombre del electo, fué desechado.

Las discusiones eran interminables y las comisiones, en la mayoría de los casos, no sabían cómo estaban los expedientes, ni se tomaban el trabajo de contestar los argumentos de los que se oponían al dictamen, imponiéndose brutalmente por la fuerza de los votos. Duraron tanto tiempo las discusiones, que la Cámara tuvo que instalarse sin que se hubiera concluido el examen de todas las credenciales. La discusión vino a terminar en el mes de Octubre, cuando el Congreso tenía ya veinte días de estar funcionando.

El Partido Católico que había luchado en casi todos los distritos, representó un papel indigno en las discusiones. Ante el temor de que se rechazaran las credenciales de los que aparecían como jefes del Partido, apoyo con sus votos a los del Constitucional Progresista, hasta en casos verdaderamente vergonzosos, y no levantó su voz, ni siquiera para protestar en favor de sus correligionarios, sacrificando ignominiosamente a muchos de ellos. El resultado fué que sólo obtuvo unos veinte asientos en el Parlamento.

El Partido Constitucional Progresista consiguió te-

ner una mayoría, aunque no de importancia y el resto lo formaron diputados de todos los matices, sin disciplina y sin filiación exacta; así es que en cada caso había que formar una mayoría, siempre expuesta a convertirse en minoría, por la falta de subordinación, si bien la tendencia era a agruparse en torno de D. Gustavo Madero, que era el hombre del poder.

Instalada la Cámara, comenzó sus trabajos, o mejor dicho, comenzaron una serie de injurias para todo el mundo, como jamás se había visto en parlamento alguno. La Cámara, durante todo el período ordinario, esto es, desde el 16 de Septiembre hasta el 15 de Diciembre, no hizo nada útil para el País; parecía que los diputados se habían congregado únicamente para injuriarse o para injuriar a quienes no podían defenderse por no estar presentes. Los Presidentes que se eligieron en los meses de Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre, fueron impotentes para hacer entrar en el orden a los exaltados, y lo peor fué que el Gobierno, no obstante el espectáculo que daban, tuvo la ocurrencia de pedir se convocara a la Cámara para un período de sesiones extraordinarias, que comenzó en los últimos días de Diciembre, y que se prorrogó hasta la caída del Gobierno del señor Madero.

Personalmente, había muchos diputados inteligentes, cultos y hasta patriotas; pero la obra colectiva fué nula y los esfuerzos aislados de algunos se perdieron en aquella masa turbulenta que en vano pretendió sujetar don Gustavo A. Madero. Los opositores al Gobierno, sin rumbo fijo, sin orientación política determinada, sólo servían para iniciar los escándalos o darles mayor reso-

nancia. Labor efectiva, patriótica, ni siquiera la intentaron. Una oposición así, en vez de servir los intereses nacionales, resulta fatal, porque su obra es de disgregación. En esa labor se distinguieron los del cuadrilátero parlamentario de que hablaré después. Don Luis Cabrera, el señor Hernández Jáuregui y los elementos del partido evolucionista.



CAPITULO XXIX.

OROZCO-VAZQUEZ GOMEZ

La revolución del Norte había comenzado siendo vazquista, esto es, adoptando como jefe de la revuelta al licenciado don Emilio Vázquez Gómez (1) que había desaparecido de la Ciudad de México, y hecho su aparición en San Antonio, Texas; pero bien pronto la revolución dejó de tener tal carácter, y se convirtió en meramente anti-gobiernista.

El doctor Francisco Vázquez Gómez, que había permanecido en la ciudad de México, fué aprehendido una mañana en la puerta de su casa, en los momentos en que montaba en automóvil, según dijo, para ir a una finca de campo que posee en las inmediaciones del Dis-

(1)—Orozco se pronunció el domingo 3 de Marzo, pero sus proclamas no se repartieron hasta el día siguiente. El Miércoles 6 hubo una gran reunión en el llano de la Empacadora a la que concurrieron don David de la Fuente, Salazar, Campa y demás caudillos. En esa reunión quedó acordado reconocer como jefe de la rebelión al licenciado Vázquez Gómez; pero a los pocos días aparecieron nuevas proclamas en las que se desconocía al señor Vázquez Gómez, y con tendencias notoriamente en favor de los señores Terrazas. Como este cambio coincidió con la llegada del señor Enrile y con el rumor de que don Luis Terrazas había dado cien mil pesos para la revuelta, de allí nació la idea de que el movimiento era en favor de una restauración del régimen porfirista.

Zapata, en Morelos, al tener conocimiento de que se había desconocido a don Emilio Vázquez Gómez, desconoció a su vez a Orozco, lo declaró traidor y ordenó fuera fusilado por la espalda si caía en poder de sus huestes.

trito Federal. Consignado a las autoridades federales, consiguió su libertad, no obstante que el telegrafista del Ministerio de Hacienda, según se decía, había sorprendido un telegrama en clave dirigido al doctor y que demostraba su connivencia con las huestes de Zapata. En ese telegrama fundó el Gobierno la acusación que hacía al doctor Vázquez Gómez de complicidad con los revolucionarios.

Que el doctor Francisco Vázquez Gómez tenía relaciones con los revolucionarios, es cuestión, en mi concepto, perfectamente clara. El cabecilla Limón, los Sámano, y demás revolucionarios del Estado de México, que tenían inteligencia con Zapata, recibían instrucciones y recursos del mencionado doctor, o de algún comité que él presidía, por conducto del Diputado don Pedro Galicia Rodríguez. Digo esto porque en mis manos estuvo la carta de Limón y demás cabecillas, dirigida al señor Galicia Rodríguez, en la que se quejaban de que el doctor no les cumplía lo pactado, esto es, no les enviaba dinero y municiones en la forma estipulada y amenazaban al comité con abandonar la causa vazquista, si no se les hacían las remesas en las fechas que se habían comprometido. Dos meses después de que esta carta estuvo en poder del señor Galicia Rodríguez, Limón y los Sámano estaban levantados en el Estado de México, sin cometer verdaderos robos, pagando generalmente lo que consumían y con parque en abundancia. Limón estuvo en armas hasta el triunfo del cuartelazo de la Ciudadela, en que fué ejecutado por los federales del Estado de México, según se dijo, por un error. La mejor prueba de la inteligencia del Dr. Vázquez Gómez con Zapata, es la carta que en seguida copio y en la que declara expresamente, que la revuelta que encabeza éste, es una re-

volución de principios, y que el Plan de Ayala—que es el que expidió Zapata al rebelarse y redactó el propio señor Vázquez Gómez—es el eco claro y definido de una revolución agraria que salvará al País. La carta fué publicada en "El País" de 19 de Junio de 1913 y dice así:

"Washington, Junio 4 de 1913.—Sr. Director de "El País."—México.

Muy señor mío de mi respeto:

Aunque con mucho retardo, han llegado a mi poder algunos ejemplares de periódicos editados en español, tanto de esa Capital como de la frontera Sur de este País; y en ellos he leído artículos y noticias; infundados los unos e inexactas las otras; todo con motivo de mi último viaje a la frontera Norte de México.

Para no hacer muy larga esta carta, voy a rectificar las noticias; porque los artículos, desde el momento en que son escritos por mis anónimos enemigos políticos, no merecen contestación; pues los cargos que se me hacen en ellos, son exactamente iguales a los que se me hicieron el año de 1912 e idénticos sus autores; y en cuanto a su falsedad, puede decirse que ha pasado en autoridad de cosa juzgada.

Por lo que hace a las noticias, que son las que publica la prensa de esa Ciudad, voy a rectificar las más importantes.

Se ha dicho que los revolucionarios del Norte declararon proclamarme Presidente provisional, tan luego como el gobierno de este País reconociera la beligerancia de esta revolución, esto es absolutamente inexacto; pues en la conferencia que tuve en Piedras Negras con el señor don Venustiano Carranza, ni siquiera se hizo mención de ésto. Además, el gobierno americano ha di-

cho, y en mi concepto tiene razón, que no reconocerá a los gobiernos emanados de la violencia.

Tal vez esta apreciación mía, cause extrañeza a muchos que no buscan sino lo que por el momento pueda favorecerles, pero yo, como de costumbre, busco de preferencia lo que realmente favorece a nuestro País. Por este motivo, juzgo que el precedente establecido por el Presidente Wilson, es una garantía para los gobiernos legítimos de los países que, como el nuestro, son a menudo el teatro de revoluciones políticas. Tal vez yo esté en un error; mas, como quiera que sea, pienso de buena fe.

Se ha dicho que hago trabajos entre los revolucionarios, para que se me nombre Presidente provisional al triunfo de la revolución. Esto es absolutamente inexacto y falso; y no habrá un revolucionario que pueda dar fe de dichos trabajos. Estos rumores tienen un origen que todo mundo conoce, y voy a recordar en unos cuantos renglones.

Políticamente, yo figuré en segundo lugar en la revolución de 1910. A mis esfuerzos, por más que hoy lo nieguen mis enemigos, se debió que la revolución no fracasara completamente desde las negociaciones de Ciudad Juárez. A no haber sido por las intrigas bien conocidas de todos, yo habría sido electo Vicepresidente de la República. A mi eliminación de la política, siguió el fracaso completo de la revolución de 1910, sin que yo tenga la pretensión de pensar que este fracaso se debió a aquella eliminación.

Ahora bien; estos hechos y otros que callo, porque no trato de hacer historia, son el origen de la simpatía que me tienen los revolucionarios de 1910, que en su mayor parte han vuelto a tomar las armas; pero entre esta

simpatía y el caudillaje, hay una diferencia muy grande.

Algún periódico de esa Capital, ha dicho que los trabajos de que se me supone autor, no están de acuerdo con mis ideas sobre la idea revolucionaria y sería real ese desacuerdo, si fueran ciertos los hechos que se me imputan; pero como éstos son falsos, ratifico mis ideas y sigo creyendo que si hubiese habido la unión revolucionaria, el País se habría salvado de la anarquía y de todas sus consecuencias. Para demostrar que tengo razón, no hay necesidad de ir a buscar las pruebas muy lejos; porque después de un movimiento armado en la Capital, que cambió el orden de las cosas y estableció un precedente muy grave para el País, éste continúa en plena revolución, sin que podamos decir cómo ni cuando terminará.

Pero así como soy amigo de la unión revolucionaria, cuando la revolución existe como un hecho real y no imaginario; soy absolutamente enemigo de las revoluciones, cuando éstas no tienen más objeto que cambiar el personal del Gobierno; porque este cambio, como se ha visto entre nosotros, no produce un resultado que valga la sangre que se derrama.

Por fortuna, la revolución de 1910, no tuvo por principal objetivo cambiar el personal del Gobierno; sino que luchó por implantar una verdadera reforma, por resolver el problema agrario, para mejorar las condiciones económicas del País y asegurar el bienestar de las libertades del pueblo.

ESTA REVOLUCION AGRARIA, apenas bosquejada en 1910, y entonces no comprendida por muchos. HA TENIDO SU ECO CLARO Y BIEN DEFINIDO EN EL PLAN DE AYALA: es una revolución de principios y

no personalista, que nació a favor de hombres, lo cual es una ventaja; porque cuando éstos son los que sirven de bandera, el caudillo o el jefe, al triunfar, establece casi siempre un gobierno personalista, dictatorial y tiránico, esterilizando de esta manera los sacrificios del pueblo. Nuestra historia contemporánea está plagada de ejemplos que comprueban esta aseveración.

En consecuencia; **CONVENCIDO COMO ESTOY, DE LAS VERDADERAS TENDENCIAS DE LA PRESENTE REVOLUCION**, mis trabajos, no pueden dirigirse a favor de un hombre, ni de mí mismo; porque antes que nadie están los principios; que han de llevarlos a la realidad de los hechos.

Rogando a usted señor Director, que se sirva mandar publicar esta carta en su acreditado periódico, por lo que le anticipo las gracias, quedo su afectísimo, y muy atento servidor.—Firmado: **Dr. Francisco Vázquez Gómez.**

En el Norte, como ya lo he dicho, la revuelta había comenzado con carácter netamente vazquista y aún llegó el licenciado don Emilio Vázquez Gómez a presentarse en Ciudad Juárez, donde fué recibido con honores de Presidente de la República, por el propio padre del caudillo de la revuelta en Chihuahua, General Pascual Orozco, hijo; pero al siguiente día se libraron órdenes terminantes y se le desconoció por los mismos revolucionarios el título que se le había dado, ordenándole que abandonara el territorio nacional.

La revuelta quedó sin caudillo ostensible.

Meses después, en Diciembre, se publicó un manifiesto firmado por los principales jefes de la revuelta, en el que se adherían al plan proclamado por el General Gaudencio González de la Llave, en el Estado de Puebla

y que llevaba la fecha de 22 de Septiembre del mismo año.

También la revolución iniciada en Sinaloa, había tenido al principio un carácter vazquista, pero después reconoció como único jefe a Pascual Orozco.

Todos los que tenían ambiciones o de alguna manera buscaban la caída de Madero, procuraron atraerse a Orozco, que se presentaba como un caudillo excepcional y de verdadero prestigio. Hasta el mismo Gobierno, por conducto del Ministro de Gobernación, licenciado don Jesús Flores Magón, envió agentes que trataran con el cabecilla rebelde; con tal misión, fué el Diputado don Juan Sarabia, pero no pudo entenderse con él, y las negociaciones quedaron rotas.

La liga de la Defensa Social, que presidía el ex-Ministro de Gobernación, don Alberto García Granados, también entró en tratos con Orozco, sin que llegaran a otra cosa que a muy buenas palabras y corteses relaciones que para nada comprometían al jefe de la revolución.



CAPITULO XXX.

BACHIMBA

Siendo el núcleo de la revuelta, Pascual Orozco, que después del triunfo de Rellano había marchado hacia el Sur, ocupando Escalón, Zavalza, Conejos, aproximándose a Torreón, el Gobierno estimó que debía impedir a todo trance el avance del cabecilla, y envió un fuerte contingente de tropas, a cuyo frente puso al General don Victoriano Huerta. El General Huerta, por ser el jefe que estaba más a mano, había escoltado al General Díaz, cuando emprendió la fuga para Veracruz, y después había tenido el mando de la columna que operaba contra Zapata, en el Estado de Morelos, durante el Gobierno del señor de la Barra. Era conocido del Ejército y tenía cierta capacidad militar, pues no sólo había hecho su carrera científica, cursando en el Colegio Militar todas las asignaturas, hasta salir con el grado de Teniente de Estado Mayor Especial, sino que había estado al frente del 3er. Batallón de Infantería durante la campaña contra los rebeldes del Estado de Guerrero que encabezaba el General Neri. Más tarde, había sido enviado a Yucatán como segundo jefe de las fuerzas que operaban contra los indios mayas en el Territorio de Quintana Roo, (1) hombre astuto y de práctica militar,

(1)—En todos estos mandos había dejado reputación de poco escrupuloso en asuntos de dinero y sanguinario.

comenzó con toda calma a hacer sus preparativos, saliendo de México para ponerse al frente del Cuerpo de Ejército que estaba a sus órdenes, el día 10 del mes de Abril. El General Huerta se dirigió primero a Monterrey, donde conferenció con el General Gerónimo Treviño, Jefe de la Tercera Zona Militar, y de allí se dirigió a Torreón, donde comenzó sus preparativos, reorganizando las fuerzas que había dejado el General González Salas. Por su parte, el General Treviño había organizado también fuerzas, y pudo poner a las órdenes del nuevo jefe de la campaña, más de tres mil soldados fronterizos, habituados al clima y a la guerra en aquellas regiones.

El General Huerta, en los últimos días de Abril, inició el movimiento sobre las posiciones que tenía Orozco, y al efecto, desprendió de su columna al Coronel Mercado con un tren de reparaciones hacia Bermejillo. El Coronel Mercado tenía que recorrer, desde Bermejillo hasta Escalón, ciento veintidós kilómetros, y como se hallaban quemados todos los puentes y destruida la vía, la marcha del Ejército se hizo lentamente. Orozco, mientras tanto, avanzaba hacia el Sur, habiendo situado su Cuartel General en Escalón, así es que después de las intentonas que hizo para flanquear a las fuerzas del General Huerta, que dieron lugar a los combates de Tlahualilo y Cuatro Ciénegas, el encuentro se efectuó el once de Mayo, a ocho kilómetros de la Estación de Conejos, resolviéndose la batalla el día doce, con la retirada de Orozco hacia el Norte, tomando posiciones entre Asúnsolo y Corralitos.

La nueva batalla se libró en los días 22 y 23 de Mayo, en el cañón de Rellano, y otra vez la artillería jugó un papel decisivo en la lucha; las tropas rebeldes tuvie-

ron que retirarse violentamente hacia Jiménez, para encontrarse nuevamente con las federales en Bachimba.

Mientras Orozco libraba los combates de Conejos y Rellano, había enviado a sus lugartenientes a hacer movimientos envolventes, con la mira de cortar la retirada al General Huerta. Los fracasos de Tlahualilo y Cuatro Ciénegas no le arredraron y ordenó que Campa y Argumedo salieran para el Sur, con la intención de tomar Torreón, que acababa de dejar el General Huerta. Las fuerzas rebeldes encontraron en Velardeña y derrotaron al Coronel Peña, que mandaba las fuerzas federales, haciéndolo retirarse a Pedriceña y Nazas, hasta Picardías. Allí se encontraron el Coronel Peña y el Brigadier Blanquete, que, enviado violentamente al Norte, al comunicar el General Huerta las noticias que tenía sobre los movimientos de los lugartenientes de Orozco, había tomado contacto con los revolucionarios en la Loma, punto cercano a Avilés, como a veinticinco kilómetros de Torreón, emprendiendo el ataque contra las fuerzas de Argumedo que había quedado solo, pues Campa había ido en auxilio de Orozco batido por el General Huerta, el mismo día que los rebeldes derrotaban al Brigadier Blanquete (el 22 de Mayo). Recuperadas por el Gobierno Nazas, Pedriceña y Velardeña, quedó Torreón a salvo de la intentona y cubierta la retaguardia del General Huerta, quien pudo entonces marchar con toda confianza sobre Orozco para librar el combate de Bachimba.

Antes de efectuarse el combate de Bachimba, el General Huerta ordenó la concentración de todas las fuerzas que se encontraban en las inmediaciones, entre ellas, la de Francisco Villa, antiguo revolucionario con Orozco, y en aquellos momentos jefe de un cuerpo de Bura-

les al servicio del Gobierno. Villa llegó al campamento del General Huerta procedente de Parral, donde sus fuerzas habían cometido algunas tropelías, entre ellas, la de apropiarse un caballo fino perteneciente a uno de los vecinos más caracterizados de la población. El dueño del animal acudió al General Huerta, Jefe de la columna y le pidió ordenara la devolución de la bestia. El General Huerta, a quien gustó el animal, ordenó que el caballo fuese llevado al Cuartel General; pero al recibir Villa tal orden, rehusó obedecerla. Sobrevino un conflicto que dió lugar a la prisión de Villa el 4 de Junio, ordenando el General en Jefe, que fuera fusilado inmediatamente. Los hermanos del Presidente, Raúl y Emilio Madero, que iban en la columna como jefes de cuerpos rurales, intercedieron en favor de Villa. También intervino el Coronel Rubio Navarrete y el General Rábago, que era el encargado de la ejecución, recibió cuatro o cinco órdenes diferentes sobre el particular, hasta que informado don Francisco I. Madero por telégrafo, ordenó al General Huerta suspendiera la ejecución y enviara a Villa preso a la ciudad de México.

Salvado Villa de la muerte, no obstante que el General Huerta ordenó a alguno de los Jefes Militares que estaban en el camino por donde debía pasar, que le aplicara la "ley fuga" (2) al llegar a México, fué internado en la prisión de Santiago, de donde a poco se le dejó fugar, proveyéndosele de elementos para que huiera a los Estados Unidos.

En su avance el General Huerta, poco antes de salir de Santa Rosalía, recibió la visita de don Abraham Gon-

(2)—El General Rivera, Jefe de la 5a. Zona, cuyo cuartel era San Luis, recibió telegrama de Huerta en tal sentido, pero no quiso obsequiar la orden. Oí al General Rivera relatar esto.

zález, Gobernador del Estado de Chihuahua, que había tenido necesidad de ocultarse al apoderarse de la Capital Orozco.

También se incorporó a la columna del General Huerta el General Sanginés, que desde Ojinaga había emprendido la marcha para unírsele y el Coronel Ortega, que procedente de Cuchillo Parado, también había recibido la mismo orden. El General Huerta hizo sus preparativos de ataque y la batalla comenzó a las nueve de la mañana del tres de Julio, resolviéndose a las cinco de la tarde, con la derrota completa de las fuerzas rebeldes, cosa que sólo pudo comprobar el General en Jefe hasta el día siguiente al ver que el fuego no era contestado. Mandó hacer una exploración, y ella demostró que desde la víspera en la noche, el enemigo había abandonado el campo.

Las fuerzas de Orozco se reorganizaron en Mápula, pero no detuvieron su marcha, y sin entrar en la Ciudad de Chihuahua, siguieron hasta Moctezuma. Deshechas las fuerzas de Orozco en su potente núcleo, comenzó la guerra de guerrillas que debía durar hasta el cuartelazo de la Ciudadela. Orozco enfermó a poco, y tuvo que esconderse para atender a su curación, quedando de hecho, como jefe de la rebelión, José Inés Salazar.

También el General Huerta tuvo que dejar el mando de la columna para ir a la Ciudad de México, a curarse una afección de los ojos que amenazaba dejarlo ciego. Al llegar, fué ascendido a divisionario, entrando en el Sanatorio del doctor Aureliano Urrutia, para que le fuera practicada la operación en los ojos; operación que hizo el hábil cirujano a los pocos días. Pero ya no volvió el General Huerta a tomar el mando de la columna. El Gobierno, por razones que no dió a conocer, pero

que indudablemente significaban una desconfianza para el Jefe de la División, la fraccionó, quedando encomendado el mando de parte de ella, al General Antonio Rábago, y la otra al General Joaquín Téllez. El General Sanginés, que también tuvo el mando de una parte de las tropas allí reunidas, fué llamado a México, lo mismo que el Coronel Rubio Navarrete, jefe de la artillería. Estos dos jefes, eran de toda la confianza del General Huerta.

El General Huerta quedó profundamente disgustado con el Gobierno, que estuvo engañándolo durante mucho tiempo, diciéndole que dentro de unos días recibiría orden de volver al frente de la División y comenzó a conspirar, hablando con los jefes y oficiales que iban a verlo al Sanatorio: también, según decía, estaba disgustado, porque a los jefes que le habían ayudado en la campaña, no se les premiaba como él deseaba. Al Brigadier Blanquete, que se había batido desde la caída del Gobierno del General Díaz, sin tregua, ni descanso; que había sido herido en la batalla de Rollano, a las órdenes del General González Salas; que después había sostenido tan valientemente la retaguardia del General Huerta; y que en aquellos momentos había sido enviado al Estado de México para sofocar el zapatismo, que había invadido los Estados limítrofes a Morelos, no se le había concedido el ascenso que legítimamente tenía ganado.

El elemento militar estaba con este motivo muy disgustado. Los amigos de don Victoriano Huerta decían que no se le había ascendido sino después de la batalla de Bachimba, cuando los Generales Lauro Villar, José María Mier y José María de la Vega, lo habían sido desde el mes de Diciembre anterior, y después, sin haber

salido a campaña, habían sido ascendidos a divisionarios los Generales Clemente Villaseñor, Angel García Peña, Manuel Plata y Emiliano Lojero. Cierta que algunos de los ascensos, como el del General Villar, era perfectamente justificado; pero ninguno de los otros Generales ascendidos a divisionarios, se había batido en favor del Gobierno del señor Madero, como el General Huerta.

Lo mismo sucedía con el General Juvencio Robles, que se había batido seis meses seguidos en Morelos, y tampoco se habían premiado sus servicios.

Si el Gobierno no hubiera hecho ascensos, seguramente que ninguno de los Generales se habría sentido lastimado; pero el señor Madero ascendía a divisionarios a jefes que jamás habían estado en un combate, con detrimento de los que le servían con lealtad y empeño o de los que se creían con derecho al ascenso por antigüedad.

En Oaxaca, y a raíz de la muerte del Gobernador, señor Juárez Maza, acaecida el 20 de Abril en la noche, se había suscitado una revuelta de los serranos, esto es, de los vecinos de la Sierra de Ixtlán, y para sofocarla, el Gobierno envió al Brigadier don Manuel Rivera, que estaba encargado de la Quinta Zona Militar, cuya matriz está en la ciudad de San Luis Potosí. El señor Rivera, con prudencia y tacto, logró apaciguar el movimiento, castigando severamente a los promotores del motín. Tampoco fué ascendido por el Gobierno que resueltamente parecía querer lastimar a los mejores jefes del Ejército y que mejor le servían. (3)

(3)—Al Brigadier Rivera al fin lo ascendió el señor Madero en los últimos días de su Gobierno, aprobándose el ascenso cuando ya había caído el Gobierno legítimo. Véase el capítulo XLI, parte final.

CAPITULO XXXI.

LAS ELECCIONES EN VERACRUZ

Los Gobernadores que al triunfo de la revolución habían sido electos para concluir los períodos de sus antecesores, estaban acabando sus respectivos términos; había por lo tanto, que hacer elecciones en Veracruz y en Puebla, y en Oaxaca con motivo de la muerte del Gobernador Constitucional.

Otra vez el señor Madero se enredó en las cuestiones electorales de dichos Estados; la de Veracruz, sobre todo, dió lugar a escándalos lamentables.

En Veracruz habían aparecido muchos candidatos; pero los serios eran, el diputado al Congreso Federal, don Guillermo Pous, hombre bondadoso, inteligente, de amplio criterio y conocedor de la política del Estado: hacendado en la Costa de Sotavento y muy querido en toda la región. Don Adrián Carranza, comerciante honorable de la Ciudad de Veracruz, muy popular en el puerto, pero poco conocido en el resto del Estado. Don Antonio Pérez Rivera, vecino de Xalapa, hombre culto, inteligente, pero violento y apasionado; bien conocido y estimado en la parte central del Estado, (1)

(1)—El señor Pérez Rivera, en un momento de violencia, se presentó en la imprenta donde se había impreso una hoja atacándolo, pretendiendo golpear al impresor, por lo que fué acusado de allanamiento de morada. El señor Pérez Rivera aseguró que sólo iba a cerciorarse de que allí se había hecho la impresión.